

penitencia continuá, "perpetua penitentia;" y para nuestra época parece que la vida debe ser un perpétuo gozar, gozar cuanto se pueda y por todos los medios posibles. El hombre se hace carne. Inútil es insistir sobre este carácter satánico, cuyo rápido desarrollo alarma á todos los espíritus serios.

El "Cesarismo" ó la emancipacion de la sociedad de toda autoridad divina en materia de gobierno por la concentracion de todos los poderes espirituales y temporales en la mano de un hombre, emperador y pontífice; sin depender más que de sí mismo. ¿Qué pasa en este nuevo carácter? Observad: la mitad de los reyes de Europa se han hecho papas; la otra mitad aspiran á serlo. Conculcar las inmunidades de la Iglesia, usurparle sus derechos, abofetearla, despojarla, encadenarla, ¿no es esto lo que han hecho ó dejado hacer todos los gobiernos de Europa, del Renacimiento acá? ¿No es eso lo que están haciendo? Si eso no es Cesarismo pagano, no entendemos el sentido de las palabras.

El "Odio del Cristianismo." El paganismo antiguo aborrecia al cristianismo con odio implacable, universal; para él todos los medios eran buenos con tal de insultar y aplastar á su enemigo. Le aborrecia en su Dios, en sus ministros, en sus discípulos, en sus dogmas, en su moral, en sus manifestaciones públicas. El nombre cristiano venia á significar todos los crímenes: era responsable de todas las calamidades públicas. La prision, el destierro, la muerte en medio de los tormentos eran justamente debidos á una secta, culpable, dice Tácito, de odio al género humano.

Satanás es siempre Satanás. Su odio al cristianismo es tan jóven, tan universal, tan implacable hoy como en los tiempos antiguos. Aborrece al Dios de los cristianos. En especial, desde hace un siglo, ¿qué blasfemias quedan por

preferir contra la persona adorable del Verbo encarnado? Citad uno solo de sus misterios, que no haya sido mil veces atacado, uno solo de sus derechos, que no haya sido negado y conculcado.

Lo aborrece en sus ministros. ¿No ha dicho en el paroxismo de su furor, que quisiera tener "las tripas del último de los reyes para ahogar al último de los sacerdotes?" ¿Y en la medida que le ha sido posible, no ha puesto por obra su voto sanguinario? ¿Hay un solo país en Europa, donde del Renacimiento acá, los obispos, los sacerdotes, los religiosos no hayan sido despojados, arrojados, perseguidos como bestias salvajes, insultados y asesinados? Más á lo ménos, el Vicario del Hijo de Dios, el Padre del mundo cristiano, Pedro, habrá sido respetado. . . . Ved como le han tratado en la persona de Pio VI y Pio VII, como le tratan hoy en la persona de Pio IX. ¿Qué es la Europa actual sino una familia revelada contra su Padre? Desde hace muchos años, ¿no hace resonar diariamente por millones de voces el grito deicida: No queremos que reine sobre nosotros? El papado, sitiado por cien mil excomulgados, ¿no es hoy un calvario? Júdas, el vendedor, Caiphás, el comprador; Herodes, el burlon; Pilatos, el cobarde; el soldado despojador y el verdugo, ¿no reaparecen en la escena?

Lo aborrece en sus discípulos. Los verdaderos católicos sufren la suerte de sus sacerdotes. Todas las injurias lanzadas contra sus padres por los paganos de otros tiempos, se las infieren á ellos los paganos de nuestros dias (1). Se les tiene por inhábiles ó por sospechosos. Se les excluye cuanto es posible de los cargos públicos, se les trata de atrazados, de enemigos del progreso, de la libertad y de las insti-

1. Pueden verse en Mamachi, *Antiquitatis et originis christianae*, & Mejor que todos los razonamientos, ese solo hecho manifiesta la identidad del Espíritu dominante en ambas épocas.

tuciones modernas; se les dice que permanecen estacionarios en otra edad y que quieren hacer retroceder el mundo á la esclavitud y á la barbárie. Se les oprime en su libertad, anulando los dones que hicieron á la Iglesia su madre, y á los pobres sus hermanos; suprimiendo sus asociaciones de caridad, que hay el descaro de poner debajo de las sociedades excomulgadas. Se les oprime en su derecho de propiedad, se les quitan sus conventos, para hacer cuarteles; sus iglesias, para caballerizas ó almacenes; las campanas para fundir cañones; los vasos sagrados para acuñar moneda ú objetos de lujo para uso de sus enemigos.

Se les oprime en su conciencia, imponiéndoles un trabajo prohibido, insultando todos los dias en su presencia todo lo que aman, respetan y adoran. Para que nada falte á su martirio ni al odio que les persigue, en toda Europa, desde el Renacimiento se les ha ahorcado, quemado y guillotinado. Todavía en nuestros tiempos, en Italia los apalean, en Francia los fusilan, en Polonia los ahorcan, en Irlanda los matan de hambre. Si Dios no lo remedia, habrá grandes matanzas y millones de voces gritarán: ¡Muy justo, "reus est mortis!"

Lo aborrece en sus dogmas. En el espacio de cuatro siglos, en el seno de la Europa bautizada se ha gastado, para destruir el edificio de la verdad cristiana, más tinta, más papel, más tiempo, más dinero, más trabajo del que sería menester para convertir el mundo. Esta guerra impía no ha cesado. Sin hablar de los libros, teatros y discursos anticristianos: ¿qué hacen esos millares de periódicos envenenados, que diariamente salen de todas las capitales de Europa para caer al siguiente dia, como nubes de langostas venenosas, en las ciudades y en los campos y sembrar por doquiera el desprecio y el odio de la religion, la duda y la incredulidad?

Le aborrece en su moral. El mundo actual, habiendo vuelto á ser lo que era bajo el imperio satánico, parece organizado para corromper las costumbres: "Totus in maligno positus." Si las tristezas y las alarmas de todo el que lleva todavía un corazón cristiano no os lo dicen bastante claro, miraos á vosotros mismos.

La fiebre de los negocios; la sed del oro y de los placeres; la industria que constituye á millones de almas en la imposibilidad moral de cumplir los deberes esenciales del cristianismo; el lujo babilónico, cuyas culpables locuras van cada dia en aumento; las modas impúdicas; los bailes obscenos; quinientos mil cafés ó tabernas (solo en Francia), hondos abismos en que se pierde el amor al trabajo, el pudor, la salud, el espíritu de familia, el respeto de sí mismo y de toda autoridad; hábitos de molicie que enervan las almas en todas las clases de la sociedad; escándalos ruidosos que familiarizan con el mal y matan la conciencia; desprecio de las leyes que tienen por objeto la sugestión de la carne; la profanación del domingo; la santificación del lunes; el abandono de la oración y los sacramentos; ¿qué es todo esto sino el odio á la moral cristiana, odio infernal cuya última palabra es "ahogar al cristianismo en el fango?"

Le aborrece en sus manifestaciones públicas y privadas. Allí, prohíbe el sonido de las campanas y condena al sacerdote que lleve en público su traje; en otra parte echa abajo las cruces; aquí, prohíbe al Hijo de Dios salir de los templos para recibir los homenajes de sus hijos; y so pena de ser insultado, tiene que ocultarse cuidadosamente cuando va á visitarlos en el lecho del dolor. ¡Todo esto pasa en las sociedades que se llaman cristianas!

Y pasa todavía otra cosa. En señal de victoria, Satanás ha reemplazado sus estatuas en los jardines, paseos y pla-

zas de las grandes ciudades en toda Europa. Penetrando hasta el interior del hogar doméstico, ha desterrado de él las imágenes del Verbo encarnado y las ha sustituido con las suyas.

“¡Ya no hay Cristo en el hogar, exclamaba poco há un elocuente predicador; ya no hay Crucifijo clavado en la pared; ya no hay Cristo que se revele en las costumbres! ¡Qué! Teneis á la vista los retratos de vuestros grandes hombres; vuestras casas se decoran con estatuas y cuadros profanos. ¡Qué digo? Guardais expuestos á las miradas de vuestros hijos y á la admiracion de la familia los Amores del paganismo, las Venus del paganismo, los Apolos del paganismo: sí, todas las vergüenzas del paganismo encuentran asilo en el hogar de los cristianos; ¡y bajo ese techo, que alberga tantos héroes humanos, tantas divinidades paganas, no ha lugar ya para la imagen de Cristo, á quien el mismo Tiberio no rehusaba admitir con sus divinidades en el Panteon de Roma! (1)”

Sí, es una verdad, verdad no solamente en Francia, donde la enseñanza es universitaria, sino tambien en Europa, donde enseñan las órdenes religiosas, verdad mucho antes de la Universidad y la revolucion de Francia: entre los cristianos ilustrados de los tiempos modernos, ya no hay Cristo en el hogar. Pero en él estaba entre nuestros abuelos ignorantes de la Edad Media. ¿Cómo, pues, ha sido desterrado? ¿Cómo ha sido reemplazado por los dioses del paganismo, es decir, por el mismo Satanás bajo sus múltiples formas, “omnes dii gentium dæmonia?” ¿A qué época se remonta esta sustitucion sacrilega? ¿Quién ha formado las generaciones sobre quienes pesa esta culpa? ¿En qué lugares y en qué libros han aprendido á apasionarse de las cosas, los hom-

1. El P. Felix, *ubi supra*.

bres, las ideas y las artes del paganismo? ¿Qué Espiritu ha dictado la enseñanza que da semejante resultado? ¿Es el Espiritu del Cenáculo ó el Espiritu del Olimpo? El uno ó el otro tiene que ser.

En fin, hay un postrer fenómeno, que cada día se manifiesta más claramente: es el doble movimiento á que el mundo actual obedece: movimiento de “unificacion material,” y movimiento de “disolucion moral.” El Espiritu del siglo diez y nueve empuja con todas sus fuerzas hácia la unificacion material de los pueblos: navíos de vapor, ferrocarriles, telégrafos eléctricos, uniones aduaneras, tratados de comercio, libre cambio, multiplicacion de correos, rebaja del franqueo para cartas é impresos; no hay medio de comunicacion que no invente ó acelere. Al mismo tiempo absorbe las pequeñas naciones, suprime la familia, el municipio, la provincia, la corporacion, toda especie de franquicia y autonomia; resucita los ejércitos permanentes del mundo antiguo, reedifica sus grandes capitales, y en el cuello de los pueblos que el cristianismo hizo libres, remacha las cadenas de la centralizacion cesareana.

Con este movimiento de unificacion material se corresponde, fuera del Catolicismo, otro movimiento no menos rápido de disolucion moral. En materia de doctrinas religiosas, sociales y políticas, ¿qué queda en pié? El gran disolvente de toda especie de fe, el Racionalismo, ¿no es el dios de la muchedumbre? ¿Dónde se encuentran las convicciones bastante profundas, las afirmaciones bastante netas para resistir á las seducciones del interés, para arrostrar las amenazas y aun el olvido del poder, para mantenerse inquebrantable en medio de los sofismas de la impiedad y de los atractivos del mal ejemplo? ¿Cuál puede ser la union moral de un mundo, que ha hecho pedazos el símbolo católico, que

oye, que sufre, que acoge todas las negaciones, inclusa la negacion de Dios?

Semejante espectáculo no se ha visto más que una vez: fué en la época en que el mundo romano se inclinaba hácia su ruina. La unidad material, formada por la absorcion continua del débil por el fuerte, de un pueblo por otro pueblo, llegó hasta el despotismo de un solo hombre. Satanás habia logrado su objeto. Roma era el mundo, y el César era Roma; y el César era Emperador y Sumo Sacerdote de Satanás. Entonces el linaje humano, que no tenia fuerza de resistencia porque no tenia fe, y sin ambicionar otra cosa que los goces materiales, "panem et circenses," no era más que un rebaño apaleado, vendido, y llevado al matadero segun el capricho de su amo.

Ejércitos permanentes, grandes capitales, rapidez de las comunicaciones, centralizacion universal, unificacion material de los pueblos proseguida con febril ardor; disolucion moral llegada hasta el fraccionamiento indefinido de todo simbolo y de toda fe: ¿quién se atreveria á sostener, que este doble fenómeno no es precursor de una tiranía colosal? ¿Y acaso el preludio necesario del reino anticristiano, anunciado para los últimos tiempos?

A nuestro modo de ver, es el César á caballo con Lucifer á la grupa.

CAPITULO XXXI.

(CONTINUACION DEL ANTERIOR.)

SUMARIO.—Accion palpable del demonio sobre el mundo antiguo y el moderno.—Renovacion de las prácticas demoniacas del paganismo.—Bula de Sixto V.—El mal continúa.—Manifestaciones ruidosas.—Debilitacion general de la fé en el demonio.—Cinco grados de la invasion satánica; el demonio se hace familiar.—Se hace negar.—Se hace rehabilitar.—Se hace llamar como rey.—Se hace invocar como Dios.—Familiaridad de nuestra época con el demonio.—Ya no le inspira ni temor, ni horror.—Lo llama á cada instante por su propio nombre.—Nomenclatura significativa.—Cree poco en el demonio y menos todavía en su influencia sobre el hombre y las criaturas.—Consecuencias.

Hacerse adorar en lugar del Verbo encarnado, ha sido siempre el anhelo del ángel rebelde y siempre lo será. No tiene otro. La historia narra los resultados que obtuvo entre los paganos de otros tiempos y los que obtiene entre las naciones idólatras actuales. Despues de haber logrado por el racionalismo, el sensualismo, el cesarismo y el anticristianismo, un divorcio lo mas completo que ha podido, del hombre y de Dios, se presenta él para reanudar el lazo que nadie sino él ha roto. Su éxito, como fundado en la naturaleza de las cosas, como no suceda un milagro, es infalible. El mundo inferior, haga lo que haga, no puede sustraerse de la influencia del mundo superior. Si rompe con el Rey de la Ciudad del bien, cae forzosamente bajo el imperio del rey de la ciudad del mal. Dios ó el diablo: no hay medio.

El seductor y tirano del hombre establece una multitud